

la que se consigue por medio de compresiones persistentes y metódicas, que acaban por hacer desaparecer esos importantísimos órganos.

Las mutilaciones dentarias tuvieron por objeto principal hacer agradable la fisonomía, y aun hoy, más que asunto de higiene y de necesidad, la ablación de muchos dientes y la adaptación artificial de otros, obedece á un sentimiento estético.

Los africanos del alto Nilo (Mantegazza) se arrancaban los cuatro incisivos superiores para no parecerse á los animales; la misma costumbre tenían los antiguos peruanos; y hoy, muchas personas, principalmente las mujeres, sufren el dolor de la extracción de los caninos superiores, cuando son muy desarrollados, por no parecerse á los animales carniceros. Recordamos con este motivo lo que dijimos al hacer la historia del tatuaje, respecto al adorno en los dientes, practicado por muchas tribus antiguas, como los dayaks de Borneo, los battaks de Sumatra y los antiguos mexicanos, que hacían perforaciones en sus dientes incisivos superiores, para incrustarse pedazos de metal y piedras preciosas, como los reyes mexicanos; y aun hoy nosotros, tomando por pretexto las caries dentarias, en lugar de pastas blancas para cubrir esas perforaciones patológicas, preferimos las aurificaciones, para mostrar nuestros dientes adornados.

Con las mutilaciones ya dichas coinciden las de los labios, muy frecuentes en ciertos lugares del Africa y del Brasil; las del tabique de la nariz, usadas por los neo-zelandeses, neo-guineos, australianos y antiguos mexicanos, y la perforación de las alas de la nariz, para suspender anillos de oro, y de que hoy apenas se recuerdan algunos ejemplares entre los árabes, los antiguos egipcios y judíos. En los pueblos cultos todas estas mutilaciones han desaparecido por completo, y sólo queda la tradicional y salvaje costumbre, existente en todos los pueblos, de perforar los lóbulos de las orejas de las mujeres, desde la edad más tierna, con el fin de colgar adornos de todas clases; única costumbre que se ha perpetuado en las clases más elevadas de las naciones civilizadas.

En ciertos pueblos del Asia, del Africa, de la América del Sur (Brasil), etc., distienden á tal grado los lóbulos de las orejas con el peso y tamaño de sus adornos, que los agujeros alcanzan proporciones de cuatro y cinco centímetros de diámetro, y soportan pesos de ciento cincuenta gramos (Delisle). En el Brasil y en la

Judea, las mujeres introducen en esos órganos grandes pedazos de madera; en la Melanesia, pedazos de escamas de tortuga y rollos de lienzos muy voluminosos: en otros pueblos, arillos de cobre, de oro, de marfil ó de cualquiera otra substancia.

Entre nosotros (el pueblo civilizado, y aun el medianamente culto), á los pocos días del nacimiento de la niña, se llama á la partera ó al médico para que *taladre* las orejas de la recién nacida, y pueda más tarde ostentar las joyas que la fortuna le depare; siendo esta perforación, desde la más tierna edad, el signo distintivo del sexo. En otros pueblos, como el bajo de Italia, y en esa raza desgraciada, originaria de Egipto, según algunos etnógrafos, que se ha extendido por España; esa de piel atezada, de pelo negro, largo y un tanto rizado; la gitana, en fin, ostentan en sus orejas, los hombres como las mujeres, grandes arracadas de oro, que contrastan con la expresión viril de su semblante.

Pero ya en ciertas clases sociales esta costumbre tan primitiva tiende á decaer; ya hay madres que se resisten á permitir que se perforen las orejas de sus hijas, y muchas jóvenes de buena sociedad he visto yo que no tienen agujeros en dichos órganos.

Las mutilaciones han llegado, en los pueblos bárbaros, hasta los órganos genitales, tanto de los hombres como de las mujeres. Aunque por diversos motivos, sobre todo por el religioso, han llegado muchos pueblos del Asia y del Africa á mutilar los órganos sexuales, como sucede entre los judíos respecto de la circuncisión, en los hombres y las mujeres, consistiendo en éstas, en la excisión de las niñas. Otras veces son los celos y las grandes pasiones eróticas la causa, como sucede en el Oriente con la infibulación, ya para comprobar la virginidad de las jóvenes en el momento del matrimonio, ya para asegurarse de la fidelidad de la mujer cuando el marido está ausente. En fin, se practica la castración, ora por la poca confianza en la castidad de las mujeres de un harém, ora por la poca ó ninguna que inspiran los servidores de éste. Por último, en la lucha cada vez más encarnizada por la existencia, en que la conservación de la prole se hace cada vez más difícil de sostener, los australianos y algunos pueblos civilizados de Europa, para evitar la fecundación de sus mujeres, se mutilan el canal de la uretra practicando una abertura en la región del perineo.

Nosotros no nos referimos sino á esas mutilaciones de los órganos sexuales masculinos, que tienen por objeto mejorar el as-

pecto personal del individuo, haciendo que sus formas sean más redondeadas, sus maneras afeminadas, su voz del gadahasta conseguir que el registro de ella sea lo más elevado, como sucede con los escogidos para cantar en la Capilla Sixtina, los cuales desde su más tierna edad son sujetados (?) á la castración para cultivar su voz y hacerlos apreciables como cantores.

En la actualidad, el uso de rasurarse no es otra cosa que un resto de las mutilaciones acostumbradas antiguamente entre los pueblos del Africa y del Asia; una de esas mutilaciones consistía en la epilación directa, ó por medio de unturas para hacer caer el pelo de la cabeza, de las cejas, y aun del monte de venus, como lo hacían los andamanes y botocudos. Los antiguos peruanos no estaban conformes con su barba, por considerarla fea, y se la arrancaban: lo mismo hacían los insulares de Lavón y los filipinos que epilaban su barba con pinzas de plata, las cuales colgaban del cuello, para arrancar prontamente el primer pelo que se notase en la cara.

En otro tiempo, el hombre civilizado no se cortaba el pelo de la cara, ni aun el sacerdote de la religión cristiana, porque era lo que le daba carácter. Hoy hemos vuelto á la epilación por medio de instrumentos demasiado cortantes; y es raro encontrar un hombre aseado con pelo en la cara, excepto el bigote; muchos por razón de su oficio, como el fraile, el comediante y el torero, llevan la faz desprovista de pelo, semejándose por ello á las mujeres.

III. *Los peinados, las joyas y los vestidos.* El amor por las joyas y el gusto por los grandes y extraños peinados, en que el cabello largo se presta á satisfacer las más raras exigencias de la moda ó la aberración enfermiza del sentido estético, han sido en todos los tiempos y en todos los países, el patrimonio de los dos sexos. Pero esas inclinaciones tienden á desaparecer en el sexo fuerte, principalmente en el muy civilizado, aunque no en el del grupo social más elevado, en el cual el refinamiento de la moda lo hace afeminado; persistiendo, no obstante, con todo el esplendor en nuestras mujeres, como vivió y vive aún entre las mujeres de ciertos pueblos salvajes.

Sin temor de equivocarnos, podríamos decir que, tantas cuantas son las formas de peinados que se usan en las islas Fidji, tantas han pasado por las cabezas de nuestras elegantes damas. A los grandes peinados de mil formas que se suceden en un siglo, siguen

otros no menos vistosos, pero siempre molestos, que hacen, no obstante, la dicha de la mujer civilizada. Los bucles, los *crépés*, los grandes rizos y largas trenzas; los antihigiénicos postizos, tales como las enormes *castañas*, que aparecieron en el mundo civilizado á mediados de este siglo y destronaron á los antiestéticos *abultados* que, por medio de dos grandes cojines, se levantaban de cada lado de la cabeza, para hacerle competencia á la misma que adornaban; las empolvadas y coloreadas pelucas que murieron en Europa con el siglo pasado, pero cuyo uso existe aún en algunas islas del Océano Pacífico, son otras tantas formas de peinados que recorrieron su período cíclico en menos de cien años, para reaparecer quizá en el siglo venidero.

La calvicie, ese eterno martirio de la coquetería femenil y aun masculina, fué sin duda la causa de que el europeo copiara del insulano uno de sus más sencillos adornos de la cabeza.

La peluca, según algunos, es de origen italiano; las primeras fueron blondas porque eran hechas de los cabellos de los *gaullois* y de los germanos, y fueron de grande estimación para las mujeres romanas, que vieron en la negrura de sus cabellos una sombra que hacía su semblante demasiado severo, por lo cual prefirieron llevar los blondos cabellos de los *gaullois*.

Según el abate Thiers, la peluca hizo su aparición en Francia durante el reinado de Luis XIII (1629); pero este adorno adquirió todo su esplendor en la época de Luis XIV. En ese tiempo sucedieron á las pelucas blondas, las blancas, y por último las negras, que caían en gruesos bucles sobre las espaldas de los hombres. Este adorno sufrió varias modificaciones á mediados del Siglo XVIII. Según la jerarquía de la persona que la usaba, así era el color de su peluca; la nobleza la usaba blanca, los doctores en ambos derechos, negra: y al plebeyo le era prohibido usar esta clase de adorno, lo mismo que el espadín en la edad media. Durante el Directorio, el uso de la peluca se extendió á todas las clases sociales: mujeres de la más baja estofa lucían sus pelucas blancas y largas, hasta que en 18 de *brumario* año VIII (10 de Noviembre de 1799) cayó con el Directorio el postizo, que no debía usarse ya más, por ser simple adorno que inventó la coquetería.

A la elegante y rizada peluca del siglo pasado, sucedió el simple casquete que la calvicie exigió del arte, en las primeras décadas del presente siglo. Cabelleras más ó menos artísticas, simulando el

color del pelo de la persona que lo usaba, fueron las encubridoras de muchas calvas, y aun de muchos años, siempre por la tendencia al bien parecer.

Hoy son raros los hombres que usan esa clase de peluca, á pesar de su calvicie, por considerarla ridícula. No obstante, en las postrimerías del Siglo XIX, como para demostrar una vez más que la aparición, desaparición y reaparición de las costumbres de las generaciones pasadas, son una ley de la evolución social, la peluca blanca tiende á hacer su nueva entrada en el mundo elegante, empezando por imitarla con polvo blanco, puesto en la cabeza hasta cubrir el color del pelo.

Desde la edad de la piedra tallada, hasta la presente, los hombres, como las mujeres, han manifestado gran placer en llevar adornos colgantes y adheridos á diversas partes del cuerpo; el cuello, los brazos y antebrazos, las piernas, los dedos, y diversas partes de la cara, como las orejas, las narices y los labios, han sido los lugares destinados para lucir ó lucirse en ellas, las prendas que se tienen como objeto de lujo. Los collares, los *brazaletes*, los anillos (ó ajorcas) en las piernas, y sortijas en los dedos; los zarcillos, aretes ó arracadas, en las orejas; los chalchihuites y tubos de metales distintos, en la ternilla ó tabique de la nariz; los *botoques* de madera ó de otra substancia, en incisiones hechas en los labios, son y han sido siempre adornos más ó menos valiosos, conocidos con el nombre genérico de joyas. Las conchas de los ríos y de los mares, los dientes y huesos de animales, los pequeños guijarros de varios colores, perforados y enhebrados, fueron los primeros collares, alhaja preciosa que los hombres de aquella edad usaron.

Al aparecer los metales como el cobre, el hierro, el bronce, el oro, la plata, etc., los collares cambiaron de forma, y á las simples cuerdas adornadas con objetos tan disímbolos, como dientes de animales, pedazos de ámbar, que al roce constante con el cuerpo adquirirían forma globular; rodajas de azabache, de lignito, de cuarzo rojo, de cristal de roca, etc., sucedieron los torces de bronce, de hierro, de oro, y después de plata; anillos más ó menos anchos que cubrían y adornaban el derredor del cuello, y que hoy como recuerdo atávico usan los militares con el nombre de gola, en forma de media luna, colgado al cuello cuando están de servicio. Hoy el collar sólo es adorno de la mujer; y aunque no se aviene con nuestras costumbres el llevar como las mujeres andamanes, las falan-

ges de los pies y de las manos, pertenecientes á los parientes muertos, en collares y ensartados á guisa de cuentas, vemos á nuestras damas cubrir sus gargantas con gruesos hilos de perlas, aderezos de brillantes y piedras finas de color: vemos también á nuestras jóvenes de la clase media usar sendos collares de coral é hilos de perlas falsas, y á la pobre indígena lucir sus enormes cuentas de ámbar amarillo, de vidrio de varios colores, que con ardiente y atávico deseo adorna su cuello como el de la mujer prehistórica. No sienta á nuestras civilizadas costumbres llevar como recuerdo de nuestros parientes muertos, los huesos de sus pies y de sus manos ensartados á guisa de cuentas y puestos á manera de collar, como lo hacen los andamanes; pero vemos aún individuos que llevan por adorno y á manera de perlas ó brillantes engastados en un fistol ó en un anillo, los pequeños dientes de leche de sus hijos ó parientes. Todavía hoy, á la muerte de un pariente ó de un ser querido, los deudos tratan de conservar algo que haya formado parte de su individuo: si es mujer le arrancan una trenza; si es hombre un mechón de pelo, y lucen esos despojos como viva representación del que fué, en forma de sortija ó de cordón para reloj, á manera de bejuquillo, ó en fin, guardan aquellos restos dentro de un medallón que cuelgan al cuello como un adorno.¹

En la época *robenhausiana*² hicieron su aparición los anillos de los dedos en los hombres. Pedazos de concha redondeados y perforados al diámetro de los dedos, formaban el adorno de esa clase.

Si los anillos de los dedos fueron en su origen un simple adorno, se unió después á esto un uso que tuvo su cuna en Egipto y Babilonia. Las sortijas de oro entonces tenían grabados en un piedra tallada el nombre ó iniciales de su dueño, ó simplemente en el mismo metal, y servían de sello. La sortija-sello, pues, caracteriza la segunda época de su aparición, y aunque todavía se ven algunas con ese carácter, hoy sólo tiene por objeto el motivo que le dió origen, adornar las manos y lucir en ellas perlas y brillantes que la moda actual ordena.

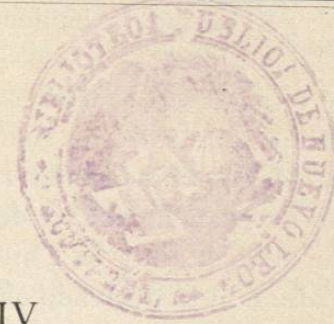
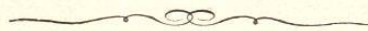
Inútil es hablar de aquellas joyas que los pueblos salvajes usan y los civilizados rechazan; este punto lo hemos tratado en la his-

¹ Después de la toma de Querétaro y del fusilamiento del Archiduque Maximiliano, se dijo que cuando su cuerpo fué embalsamado se había vendido á un alto precio el cabello y el pelo de su blonda barba, el cual era lucido después por damas de la misma población en medallones, sortijas y bejuquillos.

² Nombre sacado de la estación neolítica de Robenhausen. (Suiza.)

toria. Pero á medida que la razón se desarrolla y que el hombre se civiliza, las costumbres de los pueblos cultos se moderan, sus procedimientos se simplifican, sus gustos se restringen, sus modas se limitan, y todas aquellas exageraciones en el adorno tienden á desaparecer, y se hace más artística la manera de adornarse.

No obstante que pertenece el vestido al último período evolutivo del adorno, punto también que hemos señalado, nos saldríamos del objeto que nos hemos propuesto en la presente obra, si nos ocupáramos con él y con las transformaciones que ha tenido en la humanidad. Sólo diremos con Letourneau: «el gusto por los vestidos de colores chillones, se ha atenuado mucho por el de los medios tonos que lo ha reemplazado en los pueblos civilizados. Pero las mujeres usan todavía frecuentemente los grandes peinados, los afeites y las joyas, aun con mutilaciones auriculares, y vestidos de corte y matices abigarrados. Los adornos, así como ciertas costumbres oficiales de los militares, de los magistrados, de los clérigos, nos representan supervivencias que quedan por desaparecer.»



CAPITULO XIV

Diversas maneras de tatuarse entre nuestros criminales. Semejanza con los procedimientos exóticos.

LA práctica del tatuaje por picadura ó acupuntura, entre nosotros es con poca diferencia, la misma que en Europa, y principalmente que en la mayor parte de las islas de la Polinesia. Los procedimientos se han transmitido de pueblo en pueblo, y según su ilustración así se han perfeccionado hasta constituir un arte que, aceptado como profesión por algunos, les produce buenas ganancias y les proporciona un modo honesto de vivir. Estos traficantes de las debilidades humanas tienen sus álbums en donde los amantes al tatuaje escogen las figuras que están más en consonancia con la pasión que los domina; tienen también planchas grabadas de antemano y armadas de agujas para formar la figura, las que aplicadas sobre la parte del cuerpo que se quiere tatuar, dejan la impresión en puntos sangrantes, pero que en razón de la violencia con que se hace la operación, producen poco sufrimiento.

El Dr. Lacassagne, en su obra tantas veces citada, describe el procedimiento ordinario que emplean en Francia los delincuentes para tatuarse.

«C. habiendo manifestado la intención de tatuarse hizo venir á S., compañero de detención, hábil tatuador, que comenzó la operación el 30 de Diciembre de 1879, á las tres de la tarde.»